

# Juan Rulfo, en algún lugar de la noche, nos describe

JORGE F. HERNÁNDEZ

Como si pudiera abrazar a Juan Rulfo, dedico la madrugada a leer mi *Pedro Páramo*, en conversación íntima con su autor para escuchar a sus personajes. Recuerdo con precisión la primera vez que leí esa novela sin entender nada, creyendo entenderlo todo. Apenas la terminé, dejé pasar unas horas para volver a leerla y confirmar que el primer temblor sucede entre las primeras líneas, que cada párrafo contiene escenas inusitadas cambiantes, pues creyendo haber agarrado el hilo, aparecen sorpresas como ventanas sin cristales. Ahora la leo con un sosiego



Jorge F. Hernández, *El dibujo de la escritura*, Alfaguara, México, 2016

desconocido, sin la prisa de antes, con canas pero con el mismo asombro y la adrenalina intacta.

Hace veinte años cortejaba una ilusión de ojos azules y me sentía el dueño del mundo. A la espera de volver a verla para seguir la construcción de una utopía común, me acerqué a la librería El Juglar con el destino cifrado en una tarde cuyo presupuesto solamente garantizaba dos cafés y un postre compartido. A la espera de mi ilusión, se me apareció un milagro: entró Juan Rulfo, sonriendo. Llevaba un sol adentro del cuerpo, como si trajera luces bajo la piel, con un saco en *tweed* que me propuse imitar al instante y el nudo de su corbata perfectamente atado bajo el semblante. Decidí invertir el dinero de mi noviazgo en un ejemplar de *Pedro Páramo* (el mismo que releo veinte años después) y con el pretexto de su autógrafo lo bombardeé con un rollazo imperdonable sobre mi propia teoría en torno a su novela, los personajes, el tiempo, la nada y el infinito. Es más, incluso escupí que yo era escritor, aunque sólo había logrado publicar unos cuentitos y dos reseñas insinceras.

Los sabios son pacientes, los hombres buenos perdonan al instante y los verdaderos genios no esgrimen pretensiones absurdas ni soberbia aplastante. Juan Rulfo me dejó hablar y luego me dijo que había escrito su novela “hace treinta años y no la he vuelto a leer”, por lo que todo lo que yo pensara de ella, así como lo que ponderaba la crítica especializada, lo tenía sin el menor cuidado. Habló de paisajes y de personas reales, mas no de escenarios ni de personajes ficticios. Dijo que me preguntara con sinceridad si podría vivir sin escribir y, luego de reembolsarme el dinero que pagué por su libro para restituirme el plan de los cafés con postre y novia, me preguntó si de veras la amaba, que cómo le haríamos para estar juntos siempre, que es muy difícil vivir sin oficio ni ingresos fijos, encontrar vivienda que se vuelva hogar, pues luego vienen los hijos, y hasta del agua caliente.

Ahora entiendo lo que en ese momento ni percibí: el lenguaje de los afectos también se habla en silencio; la distancia, aunque cruel, no borra cercanías que han quedado marcadas en la piel; todos los olvidos, juntos, no trastocan todo lo que recuerdo intacto y, efectivamente, no se puede vivir sin escribir o, por lo menos, leer, a quien como Juan Rulfo, en algún lugar de la noche, nos describe.

*Testimonio recopilado por Ezra Alcázar*